

**UN TEXTO DESCONOCIDO DE NEMESIO CANALES:  
CARTA DE MÍ MISMO  
A MÍ MISMO.\***

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA "LA CRÍTICA"

**SR. DON NEMESIO R. CANALES  
SAN JUAN, P.R.**

\*Nuestra revista **Ceiba** se complace en presentar a sus lectores este texto de Nemesio Canales que, si bien no se puede considerar inédito, en la práctica lo es, ya que no se recoge en ninguna de las antologías de su obra.

La *Carta de mí mismo a mí mismo* se publicó por primera y última vez en la revista **La Crítica**, que lleva el subtítulo de "Magazine Hispano-Americano" Año I, Núm. I San Juan, P.R., 10 de junio de 1915. Esta era una publicación quincenal, que dirigía y administraba el poeta y doctor J. P. Raldiris.

Mi angelical amigo:

Me ha dado ahora por escribir cartas, y hoy se me ocurre en endilgarle una a usted, que es, quizás, el más consecuente amigo que yo tengo. Un novelista, me parece que fué Galdós, me dió a conocer un tipo cuya chifladura consistía en dirigirse cartas a sí mismo, y yo podría invocar ese precedente, ya que estamos en territorio americano que es el país de los precedentes, para justificar esta carta. Pero, a parte de que no gusto de justificar nada que sale de mi voluntad o capricho, porque creo que lo que tiene más perdido al mundo es el afán de justificación que padecemos, el caso es que creo firmemente que usted y yo no somos la misma persona.

Hubo un tiempo en que fuimos uno mismo, pero recordará usted que reñimos por culpa de una R espantosamente cursi que se obstinó Ud en conservar entre su nombre y apellido, y nos separamos, y ahora somos dos. Usted siguió siendo Nemesio R. Canales, y dedicándose a la cachazuda tarea de Abogado - Notario, mientras yo, enmancipado del yugo horrendo de ese ominoso oficio, puse tienda aparte, y, con el nombre de Nemesio Canales a secas, me dedico a hacer arte lo mejor que puedo, y pasear, y a vivir, sobre todo, a vivir. Ahora hay esta gran diferencia

entre usted y yo: usted es un hombre opaco, laborioso y nada ameno, que come, que duerme y que trabaja, esto es, que *existe*; mientras que yo soy un cuerpo animado por un alma, que ama, que observa, que prodiga y recibe emociones, que asiste como actor o espectador al tremendo espectáculo de la vida, y en general, que no limitándose a *existir, vive*.

Como sé que usted, como todo condenado a trabajos forzados, tiene horas mezquinas en que se goza en viles expurgos de las cosas para sacar a plaza los lunares que tenga en la epidermis, me apresuro a decirle que este contraste entre el *existir* y el *vivir* de que le hablo, no lo descubrí yo, sino el gran esteta y pensador inglés llamado Oscar Wilde, cuyas obras indudablemente no conoce Ud., porque ya es sabido que usted no conoce ni quiere conocer ninguno de los frutos más espléndidos que ha producido el pensamiento humano. Si Oscar Wilde fuera inventor de un arado, o de una máquina barata de escribir o de afeitar, o de cualquiera otra cosa ramplona y toscamente útil; o si Oscar Wilde, en vez de un maravilloso pensador y creador de cosas bellas, fuera juez de Montana o Filadelfia, y hubiera declarado enfáticamente, por ejemplo, *que no puede haber contrato sin consentimiento*, o que ninguna ley puede tener efecto retroactivo que la misma ley no disponga expresamente lo contrario, o cualquiera otra parrucha jurídica por el estilo,

entonces sí que le conocería y le veneraría usted.

Y...si usted supiera, si Ud. supiera, amigo mío que lo más alto, el ápice del conocimiento humano, es la emoción o intuición artística, y que una sola página de un drama de Ibsen, de Wilde, o de Shaw vale más, para conocer la -vida que es lo único que vale la pena de conocerse- que toda la ciencia aplicada de un Edison o de un Pasteur ¿qué diría usted entonces? ¿no se le caería la cara de vergüenza?

Precisamente un sabio, un catedrático de economía en uno de los colegios más famosos del Canadá, sabio que ha publicado obras monumentales sobre esta materia, decía el otro día en un magazine americano, *The Bookman*, que le había costado más trabajo y tenía más mérito para él, un cuentecito que acababa de publicar, que sus mejores obras sobre economía. ¿Por qué? Porque el cuentecito lo había imaginado, esto es, lo había creado él, y era por tanto emanación espontánea y directa de su yo, en tanto que los libretos de economía que le habían dado fama de sabio, eran obra de pura erudición, esto es, de una gran paciencia en la lenta acumulación de datos y observaciones, y en la inducción y exposición de teorías. Y decía él: "Cualquiera inteligencia vulgar puesta al servicio de una ciencia puede, si está dotada de una fuerte dosis de voluntad y de perseverancia, hacer los libros científicos que yo he hecho, mientras que, bueno o malo, mi cuentecito salió de mi imaginación, única facultad creadora que tenemos, y en tal virtud nadie sino yo hubiera podido escribirlo."

Le hablo a usted de estas cosas, no por ensalzarme indirectamente ensalzando mi arte, sino por contribuir a quitar de en medio el error, demasiado corriente en Puerto Rico, de que las novelas, dramas, versos y demás producciones artísticas no son cosa de sustancia, si no meros pasatiempos sin importancia. Tan es así, que llevo conocidas más de diez personas bien educadas y de bastante cultura que hacen gala

de no haber leído jamás ninguna novela, ni poesía, ni drama, y hasta se permiten mirar por encima del hombro al que goza y se entusiasma con tales lecturas.

Y ahora, mi adorable amigo, le digo adiós hasta otra ocasión en que me dé el naípe por escribirle. Pero no le dejo hoy sin decirle que ya son las seis de la tarde, y que ya que usted se ha pasado las restantes horas del día inclinado sobre su pupitre y echando los bofes para dejar bien sentado en un kilométrico e indigesto alegato *que la ignorancia de las leyes no excusa de su incumplimiento*, y que *la ley civil es igual para todos, sin distinción de personas ni de sexos, exceptuando los casos en que especialmente se declare contrario* (después de establecer las cuales barbaridades se ha quedado usted tan agotado por el esfuerzo como si hubiera descubierto usted un nuevo sistema planetario); ya que usted, bendito de Dios, ha trabajado hoy como un buey en acumular pamplinas y ñoñeces en su alegato, levántase ya, y ande, y déle aire a ese cuerpo, y véngase conmigo ahora mismo al Parque, a oxigenar sus pulmones, y a olvidar murrias y paparruchas jurídicas, y á volverse niño otra vez, para merecerse voluptuosamente como en una hamaca hecha de bruma en la balsámica y amorosa cadencia de las líricas olas. Véngase, y verá cómo comprende la enorme diferencia que hay de *existir a vivir*.

**NEMESIO CANALES**

Mayo, 1915

San Juan, Puerto Rico